

Buenas tardes a todos:

Por suerte -seguramente-, resulta casi imposible que unas palabras puedan representar a todos los profesores: un cuerpo tan cambiante, tan dinámico, tan proteico y tan enriquecedoramente diverso. En todo caso, creo que sí hay ciertos elementos que inevitablemente compartimos. Quizá uno de ellos sea el hecho de que la percepción del paso del tiempo nos resulte especialmente cruel, plástico y explícito. Vosotros, queridos alumnos, habéis hecho un fantástico pacto con el diablo: siempre efervescentes, creativos, lozanos, espontáneos, bulliciosos, imaginativos y con esa milagrosa mirada ingenua colmada de horizontes; vosotros siempre sois jóvenes, pero nosotros, vamos siéndolo cada vez un poco menos. Por una parte, se trata de una oportunidad única: recibimos una magnífica lección de intensidad año tras año, un cierto baño de renovación, de contagio -otra vez- con nuestra propia juventud; pero, también, inevitablemente, nuestros referentes se van distanciando respecto de los vuestros y las ilusiones renovadas que traéis cada curso confrontan con cierto escepticismo, contenida esperanza, algo de engaño voluntarioso y acumulación de dolorosas pérdidas a las que vosotros -ya- os vais asomando.

Sin embargo, aunque todos los cursos puedan parecer iguales, son siempre distintos; hay desde luego, latiguillos que se vienen repitiendo y que difícilmente abandonarán las aulas: *¿Esto entra? ¿Lo puedes repetir? ¡Vas muy rápido! ¡Espera, espera! ¿El examen es difícil, profe? ¿Tienes las notas? ¡Pero no tú, digo la gente normal...! ¡Eso no nos lo explicaron el año pasado! Es que no hacíamos nada; Si a ti te da lo mismo... apruébanos a todos; es que yo lo hago así...; pues, en la otra clase...; la que viene, profe, te la apruebo; en plan...; tipo... Y sí, nosotros también tenemos los nuestros, y nos sigue sorprendiendo reconocerlos.*

Ahora bien; nosotros nos quedamos, una vez más, y vosotros volvéis a marcharos. *Te llaman porvenir porque no vienes nunca*, decía el luminoso Ángel González. Probablemente, el futuro ilusorio sirva -y no es poco- para permitirnos avanzar, y parece ese el motor de la Educación. Es curioso, ¿verdad? El ser humano se puede escapar de muchas cosas, pero ninguno es capaz de eludir la Educación, será por eso que nos hace tan humanos.

Al fin y a la postre, la Educación no puede ni debe ser una mera instrucción de contenidos ni una suerte de competencias entendidas desde el punto de vista utilitario; ha de ser la dimensión más profundamente humana ante la vida: nunca la actitud de no caerse (ficción imposible), sino la habilidad racional y pasional de volver a levantarse, cada vez, a pesar de cometer los mismos errores o de padecer -siempre- parecidas adversidades (guerras, pandemias a cada siglo, pérdidas). El mundo avanza tecnológicamente de manera frenética (de poco servirá si no lo hace al mismo tiempo el ámbito de las ideas), pero nada -aunque pueda escamotearlo- es capaz de negarle al ser humano la necesidad de afrontar la adversidad y de salir, si es posible, reforzado de ella. No se trata de superprotección, ni de paisajes idílicos; la educación contribuye a despertar, sin piedad, el dolor de la lucidez, esa necesidad de un pensamiento crítico que, en el permanente litigio con lo oído, con lo

leído, con lo escuchado, con lo sentido nos ayuda a encontrar la auténtica naturaleza de lo que somos: libres en la lucha por conquistar la libertad.

¿Qué seréis? No se responde con el verbo tener, tampoco con el nombre de una profesión, sino con vuestro pensamiento, con vuestra memoria y con vuestros deseos. Recordar (recordis) significa volver a pasar por el corazón, desde la memoria (Amanda siempre en el recuerdo) y desde el horizonte.

Cuidaos y disfrutad con plenitud; sin miedo -salvo al fanatismo- y con responsabilidad intensa, vital y profundamente humana. Lo que nos toca es vivir.

Carpe diem.